

ANTONIO CAZORLA SÁNCHEZ

# MIEDO Y PROGRESO

LOS ESPAÑOLES DE A PIE BAJO  
EL FRANQUISMO, 1939-1975

ALIANZA EDITORIAL

Título original:  
*Fear and Progress. Ordinary Lives in Franco's Spain, 1939-1975*

Todos los derechos reservados. Traducción autorizada de la edición en inglés publicada por John Wiley & Sons Limited. Solo es responsable de la fidelidad de la traducción Alianza Editorial S.A. y no John Wiley & Sons Limited. Ninguna parte del libro podrá ser reproducida sin permiso escrito del propietario de los derechos John Wiley & Sons Limited.

Primera edición: 2016  
Segunda reimpresión: 2016

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2010 Antonio Cazorla Sánchez  
© de la traducción: Antonio Cazorla Sánchez, 2016  
© de esta edición: Alianza Editorial, S. A., 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-263-1  
Depósito legal: M. 36.490-2015  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A Paco y Mari,  
por lo que vivimos de todo esto.*



# ÍNDICE

LISTADO DE ILUSTRACIONES.....	11
NOTA SOBRE FUENTES Y ABREVIACIONES .....	13
INTRODUCCIÓN. LOS ESPAÑOLES DE A PIE Y SU RÉGIMEN POLÍTICO EXCEPCIONAL .....	15
1. LAS POLÍTICAS DEL MIEDO .....	43
La manipulación del pasado .....	45
Los frutos del terror.....	58
Los exiliados y la nueva España .....	76
La imposición del consenso .....	84
La política como farsa.....	95
2. EL COSTE SOCIAL DE LA DICTADURA.....	107
Del hambre a la miseria.....	108
Supervivencia .....	121
Las humillaciones de la miseria.....	129
El largo adiós de la autarquía .....	140
La catástrofe educativa.....	157

3. LA EMIGRACIÓN .....	169
El final del campesinado .....	171
A la ciudad .....	179
A Europa.....	189
Buscando un techo .....	200
De inmigrantes a vecinos.....	211
Lo que quedó atrás .....	220
4. EL CAMBIO SOCIAL .....	229
El altar y la calle .....	230
Moralidad .....	240
Descubriendo el consumo .....	255
El tiempo libre .....	266
Confusión .....	279
5. LOS CAMINOS A LA CIUDADANÍA .....	295
Una sociedad desmovilizada .....	298
Viejos recuerdos, nuevas expectativas.....	308
Los riesgos de la paz .....	318
El principio del fin .....	332
Mirando al futuro.....	347
BIBLIOGRAFÍA.....	363
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	381

## LISTADO DE ILUSTRACIONES

1. Miseria de posguerra: una mujer baña a su hijo en un balde, en un barrio de chabolas. Madrid, abril de 1940. © Efe.
2. Estraperlo: dos mujeres trapichean en una calle de la ciudad, una tiene cigarrillos de racionamiento y la otra espárragos que ella cultiva y de los que solo dan con la cartilla. Madrid, año 1940. © Efe.
3. Una visión idealizada de la represión: reclusos de la cárcel de Porlier se disponen a tomar el almuerzo. Madrid, 28 de septiembre de 1940. © Efe/Cortés.
4. El amigo nazi: la expedición de productores para trabajar en Alemania organizada por la Central Nacional Sindicalista, sale de la estación de Francia. Barcelona, septiembre de 1941. © Efe/Carlos Pérez de Rozas.
5. La apropiación del dolor: Francisco Franco visita las obras de construcción del Valle de los Caídos, ejecutadas en parte por presos políticos. El Escorial, Madrid, 20 de noviembre de 1946. © Efe.
6. Salarios de hambre: una cuadrilla de campesinos transporta la uva en grandes espuelas durante la temporada de vendimia en tierras de cultivo extremeñas. Almendralejo, Badajoz, década de 1950. © Efe/Castillo.
7. Chabolas: Madrid, junio de 1950. © Efe.
8. El dispensador de bienestar: Francisco Franco entrega los títulos de propiedad de las viviendas y las parcelas a sus propietarios. Valdecalzada, Badajoz, 5 de octubre de 1956. © Efe/Hermes/Jaime Pato.

9. España exporta a sus pobres: salida del primer contingente de trabajadores españoles hacia Bélgica, de acuerdo con el convenio hispano-belga. Madrid, marzo de 1957. © Efe/Manuel Iglesias.
10. Y se van. Salida desde la Estación del Norte del primer tren de trabajadores españoles hacia Bélgica. © Efe/Manuel Iglesias.
11. La larga posguerra: trabajadores de la construcción almuerzan en la vía pública. Madrid, 22 de agosto de 1960. © Efe/Archivo Fiel.
12. El turismo: dos mujeres vestidas de negro observan a una mujer que, en bañador, coloca ropa en el tendedero de su caravana en la playa de El Postiguat. Alicante, marzo de 1960. © Efe.
13. Los primeros placeres del consumo: un grupo de personas mira el escaparate de un centro comercial que presenta la moda de primavera para mujer. Madrid, 30 de marzo de 1961. © Efe.
14. Grupo de trabajadores de los 1.500 que llegaron en esos meses a Suiza para trabajar en faenas agrícolas. Llegada a la aduana en Ginebra. Ginebra, 3 de mayo de 1962. © Efe.
15. El Corte Inglés anuncia sus rebajas de invierno lo que congregó a gran número de personas. Madrid, 7 de enero de 1964. © Efe.
16. Disidentes: un centenar de manifestantes aprovecharon la presencia de la prensa internacional para protestar por la represión del régimen durante el Festival de Cine. San Sebastián, junio de 1966. © Efe.
17. Leales: un grupo de personas se manifiesta contra el asesinato del jefe de la Brigada de Investigación Social de Guipúzcoa, Melitón Manzanas. Fue el primer atentado premeditado de ETA. Bilbao, 10 de agosto de 1968. © Efe.
18. Supuesta redención. Interior del taller de costura de la cárcel de mujeres. Alcalá de Henares, 15 de enero de 1970. © Efe/p.s.
19. Más turistas: cientos de turistas han celebrado la llegada del nuevo año en la playa de Las Canteras, con un gran árbol navideño adornando el paseo del malecón. Las Palmas, 2 de enero de 1970. © Efe.
20. La Paz de Franco se resquebraja: Proceso de Burgos. Gregorio Peces Barba, abogado defensor, acompañado del representante del colegio de abogados de París, Weil, que actúa como observador, se dirigen al juicio contra 16 miembros de ETA. Burgos, 4 de diciembre de 1970. © Efe.
21. Un país mayoritariamente franquista: manifestación de apoyo a Franco en la Plaza de Oriente. Madrid 17 de diciembre de 1970. © Efe/Olegario Pérez de Castro.
22. La cárcel más célebre del tardofranquismo. Patio de paseo del Centro Penitenciario de Carabanchel. Madrid, 16 de junio de 1971. © Efe/p.s.
23. La doble opresión de ser mujer y obrera: costureras en una sastrería de Madrid. Madrid, 13 de noviembre de 1973. © Efe.

## NOTA SOBRE FUENTES Y ABREVIACIONES

La mayoría de la documentación original citada en este libro proviene del Archivo General de la Administración (AGA). Las diferentes secciones del archivo coinciden con los nombres de los ministerios del Gobierno español. Los más usados en este libro proceden de los siguientes ministerios: Interior (anteriormente Gobernación, AGA-I o AGA-G), Presidencia (AGA-P), Cultura (AGA-C), y Sindicatos (AGA-S). Otras citas aluden a varias fuentes archivísticas, pero la mayor parte de ellas son del British Foreign Office (FO) en los National Archives, y del Archivo del Partido Socialista Obrero Español en la Fundación Pablo Iglesias (AFPI).



## INTRODUCCIÓN

# LOS ESPAÑOLES DE A PIE Y SU RÉGIMEN POLÍTICO EXCEPCIONAL

Cuando en los libros de Historia aparece el nombre de una persona y no lo reconocemos, tendemos a asumir que esta vivió una vida ordinaria y sin interés. Se trata de una presunción especialmente cierta si el lector se considera una eminencia en el periodo histórico del que se trata, pero que ya conlleva el prejuicio de considerar sin relevancia histórica a la inmensa mayoría de las personas que pueblan el planeta, generación tras generación. Aunque el historiador los observe como paja a apartar para encontrar el grano que alimenta su oficio, en realidad son estos mismos sujetos ordinarios los protagonistas del día a día, y los mismos que se benefician, padecen o simplemente se sobrepone como pueden, a las consecuencias de la Historia con mayúsculas. Este libro trata de esa gente que, como usted y yo, no tiene vocación de pervivir en la memoria oficial. Relata las experiencias de los millones de españoles de a pie que vivieron entre 1939 y 1975 bajo el férreo yugo de Francisco Franco, llamado por sus seguidores el Caudillo<sup>1</sup>. In-

<sup>1</sup> Ver Antonio Cazorla Sánchez, *Franco. Biografía del mito*, Madrid: Alianza Editorial, 2015.

cluye también este trabajo algunos aspectos pertenecientes a los años de la Guerra Civil, de modo que en total revisaremos casi cuatro décadas de la historia de los españoles.

La gente normal no solo hace la historia, sino que también la percibe de manera diferente a aquellos que ostentan el poder, y a menudo también de a quienes se encuentran en posición de juzgarla desde tribunas académicas cuando ya ha pasado. En todo caso, juzgar el ayer es tan inevitable como complicado. Los historiadores, por ejemplo, cuando explicamos las vidas y el tiempo de esa gente sin historia, lo hacemos con la ventaja de (creer) saber qué fue de ellas. Sin embargo, deberíamos ser conscientes de que resulta muy difícil conocer cuáles fueron sus pensamientos, y en particular lo que en su momento pedían al futuro. Esto es especialmente verdad en el caso del franquismo pues, por su propia razón de ser, las dictaduras se fundamentan en la represión, las mentiras y el silencio. Pero, aun en estas circunstancias, la vida bajo una dictadura ofrece otras cosas y no todas, especialmente en el ámbito privado, son malas. Durante la larga duración del régimen franquista, las vidas de los españoles fueron afectadas por muchas transformaciones sociales complejas, y ocurrieron pequeños y grandes eventos personales, esos que no suelen entrar en las grandes narrativas históricas, pero que fueron muy importantes y afectaron de forma positiva a millones de personas. A pesar de ello, narrar el pasado basándose en esos momentos y logros personales, en lo que podemos llamar intrahistorias —más aún si se hace desde la nostalgia de lo vivido— presenta el riesgo de desdeñar o minimizar el miedo y la represión que dominaron la vida cotidiana de los españoles bajo el franquismo y los límites que marcaron las políticas económicas y sociales del régimen. Este es un equilibrio difícil para el historiador: evitar una lectura absoluta en tonos ideológicos y, al mismo tiempo, no hacer un falseamiento edulcorante del pasado que ignore el sufrimiento de las víctimas.

Como se verá en este libro, los anhelos y las aspiraciones de los españoles de a pie durante la Guerra Civil y después de ella difirieron enormemente tanto de los de sus vecinos europeos durante los años dorados que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, como de los

que, a pesar de los muchos pesares, disfrutamos en nuestro país hoy en día<sup>2</sup>. En la actualidad, Europa es un continente libre y los países están culturalmente muy cercanos entre sí. Los europeos nos vemos y nos reconocemos en la televisión, en los intercambios turísticos y escolares, nos conectamos a través de internet, nos encontramos y debatimos en foros comunes, compartimos y consumimos prácticamente la misma oferta cultural, vivimos vidas muy similares y esperamos más o menos lo mismo del mañana. Hace solo cincuenta años las cosas eran muy diferentes. Por ejemplo, en 1957 Franco estaba en el ecuador de su dictadura: llevaba dieciocho años en el poder y aún le quedaban otros tantos de vida. En ese mismo año, países como Reino Unido y España —conectados hoy por apenas dos horas de vuelo en una aerolínea de bajo coste— no podían ser más diferentes. Entonces, el primer ministro Harold Macmillan podía jactarse de que la mayoría de los británicos «nunca había estado mejor», y estaba en lo cierto. Los británicos disfrutaban de libertad y de una prosperidad mejor distribuida que en cualquier tiempo pasado. Esto era el producto del llamado pacto social de posguerra entre capital, trabajo e instituciones públicas, que contribuyó a repartir los beneficios del *boom* económico de 1947-1974. Una situación similar se daba en otros países del entorno europeo como Alemania, Holanda e incluso en las entonces políticamente inestables Francia e Italia. Pero en la España que Franco gobernaba las cosas eran muy diferentes: no existía pacto social ni libertad, y la vida, al menos para la mayoría, distaba mucho de tener las condiciones de bienestar descritas para sus vecinos de más allá de los Pirineos.

Este era el caso, por ejemplo, de una familia de nueve miembros que, junto al prometido de la hija mayor, acababan la cena en la ciudad de Almería durante una noche de invierno cualquiera de ese mismo 1957. Como era menester, la madre repartía el postre, com-

<sup>2</sup> Sobre el contexto de la edad dorada consultar Mark Mazower, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1998, especialmente los capítulos 6 y 9. Para una perspectiva más completa ver Tony Judt, *Postwar: A History of Europe since 1945*, Nueva York: Penguin, 2005, sobre todo desde la página 241 en adelante.

puesto por dos naranjas que se distribuían con arreglo al siguiente criterio: los varones tenían preferencia sobre las mujeres y los mayores sobre los más jóvenes. Así, el padre de familia recibía tres gajos, el futuro yerno y cuñado dos, y lo que quedaba se dividía entre el resto (la madre, tres niños y cuatro niñas). Eran pobres. Los progenitores y el yerno eran analfabetos; y aunque todos los hijos habían asistido a la escuela, la abandonaron pronto, y solo el más joven completaría su formación profesional de mecánico. El resto estaba condenado a desempeñar trabajos no especializados: el padre, que había trabajado en el campo, se ganaba la vida como portero en un edificio gubernativo; la madre le ayudaba y limpiaba las oficinas cuando cerraban sus puertas al público; el yerno era pescador; su futura esposa sería sirvienta, trabajadora en una fábrica, cocinera y, finalmente, limpiadora de un colegio; el hermano mayor probaría suerte en el toreo, luego se convertiría en conductor de camiones, después sería chofer de artistas famosos durante los años de los *spaghetti western*, y más tarde conduciría un taxi; otra hermana se dedicaría a la costura; el resto de las niñas trabajarían de sirvientas la mayor parte de sus vidas; y el otro hermano fue camarero.

Desde su boda en los años treinta, la madre había estado encinta de manera casi continua. Algunos de sus hijos nacieron antes de la contienda, otros durante ella, y la mayoría en la larga posguerra. Como era normal entonces, esta mujer había tenido también abortos espontáneos y varios hijos que no superaron la infancia. Esta situación no se repetiría para sus hijas y nueras. De los reunidos en la mesa solo la mayor tendría cuatro vástagos. El cuarto, un varón, nació en 1963 tras la muerte del segundo de sus hermanos, una niña, cuando todavía era un bebé. Ese cuarto hijo enseña hoy historia en una universidad canadiense y es el autor de este libro<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Esta relación parte de mi propia experiencia y de las muchas historias familiares que escuché durante mi infancia y adolescencia. Una buena introducción a la situación de Almería durante la dictadura puede encontrarse en Óscar J. Rodríguez Barreira, *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo. Almería 1949-1953*, Almería: Universidad de Almería, 2008.

Las penurias que padeció mi familia reunida alrededor de la triste mesa de esa cena, compartidas a su vez por millones de familias españolas, no eran únicamente el resultado de un contexto «natural» de pobreza, sino que tenían unas evidentes causas políticas. A pesar de ello ni protestaban —o al menos, no en público— ni hablaban de política. Muy al contrario, mi familia, como tantas otras, eligió olvidar aquello que juzgaba inapropiado por peligroso y doloroso. Entre lo primero, estaba que el padre y su consuegro —esto es, mis dos abuelos— habían combatido en el ejército republicano. También que ambos habían votado regularmente a la izquierda e incluso, en el caso del padre de esta familia, llegado a militar en la Unión General de Trabajadores. Pero no eran extremistas. Al estallar el conflicto no se presentaron voluntarios a filas sino que fueron reclutados forzosamente por las fuerzas republicanas. Tampoco ninguno destacó con sus acciones o su bravura en el frente y si sobrevivieron a la guerra fue gracias a que a veces eludieron sus deberes con tácticas similares a las descritas por Jaroslav Hašek en su sátira *El buen soldado Švejk*. A medio camino entre lo peligroso y lo doloroso, estaba la breve participación de mi abuelo materno en reuniones socialistas clandestinas en la posguerra —mientras mi abuela esperaba en casa, aterrorizada, su regreso— o las actividades del tío del novio pescador, quien vivía exiliado desde algunos años atrás en Orán —entonces la Argelia francesa— después de haber ayudado a huir a aquel país a una partida de guerrilleros republicanos. Sin embargo, su mayor secreto, aquel que se cuidaban de mantener bien oculto, era uno bien diferente y su recuerdo aún estremecía a los adultos de la familia que sabían la verdad de esta historia. Paradójicamente, era un secreto muy visible.

Colgado sobre la pared de la habitación donde cenaba la familia estaba el retrato de un apuesto joven. Vestía el uniforme de oficial de un ejército vencido. La misma foto estaba en las casas de los tíos y tías de la familia extensa. Este muchacho, el primo Rafael, era un teniente de sanidad republicano que había sido confinado en la terrible prisión del Ingenio, en Almería, después de la guerra. De allí lo sacaron para matarlo. Todos sabían que María (mi madre, la hija

mayor de la familia), entonces una niña, había sido la primera en conocer el trágico destino del primo Rafael la mañana en que lo ejecutaron, cuando un carcelero grosero se mofó de mi madre y de la cesta de comida que llevaba al ya difunto. «Este pájaro ya no comerá más», le dijo. Pero entonces ninguno de los familiares contaba esa historia a los niños. Yo la aprendí mucho después, cuando el dictador ya había muerto. Ni tampoco hablaba nadie del lugar en que había sido enterrado el cuerpo de Rafael, aunque todos sabían que yacía, junto a muchos otros, en una fosa común sin identificar en el cementerio local, sobre la que, ya en el tardofranquismo, el ayuntamiento construyó nuevos nichos, intentando borrar el horror con la excusa del progreso. Mi familia usó el silencio para sobrevivir a una realidad que no podía cambiar. No anhelaba venganza o, lo que quizás podrá sorprender al lector moderno, ni siquiera libertad. Algunos de mis familiares —como yo hasta casi la adolescencia— incluso llegaron a pensar que Franco era un buen hombre que nada sabía de los crímenes, injusticias y miserias cometidos en su nombre. ¿Acaso no había llegado el indulto del primo Rafael solo unos días después de su muerte? De hecho, cada vez que Franco visitó Almería, varios miembros de mi familia fueron a vitorearle. Poco más podían hacer. Como no les llegaba el dinero para comprar banderas que recibiesen al tirano, tenían que colgar —animados por la visita de la policía política— un mantón o la colcha más nueva que tuviesen en la ventana de su casa. «Entonces teníamos los ojos cerrados» dirían después, en un tiempo muy distinto, mis padres al recordar aquellos años. Solo cuando la democracia volvió finalmente a España mis familiares «abrieron sus ojos», «descubrieron» y «recordaron» lo que durante la dictadura habían elegido olvidar ellos, y que ahora nos contaron a nosotros.

Lo ocurrido con los recuerdos y con las lealtades de mi familia no fue un hecho aislado. Millones de personas que habían apoyado a la izquierda durante la República se vieron forzadas durante las primeras décadas de la dictadura a conciliar sus ideas, su vocabulario, su pasado y sus expectativas, con la dura realidad del franquismo. Ellos se vieron forzados a abandonar toda esperanza de libertad a cambio

de poder vivir en paz. Franco aseguraba entonces, como hizo hasta el día de su muerte, que España era una nación europea más, pero que sufría el odio y la incompreensión del concierto de las naciones. Pero su España era excepcional (como lo era también Portugal) dentro de la Europa occidental. Allí, en Europa, y no aquí, se podía elegir democráticamente a los líderes y castigar su mala gestión con la pérdida del poder. En los países ibéricos, desafiar a la dictadura significaba provocar inmediatamente la violencia de Estado y, en el caso particular de España, se temía que confrontar aquella violencia resucitaría el horror de la contienda civil. Atrapados por la lógica política de la dictadura, los españoles de posguerra tuvieron que sacrificar su libertad personal y colectiva a cambio de una paz garantizada por un régimen ineficaz, corrupto, opresivo y criminal. Pero debido al intercambio de libertad por miedo, España no vivió el mismo tipo de progreso que se implantó en la Europa occidental, sino otro distinto, tremendamente tardío, moral y materialmente miserable, y muy desigual.

Este intercambio entre libertad y paz (aunque esta fuese la de los cementerios), por sí mismo devastador, llevó incluido el precio del estancamiento económico del país. Frente a la prosperidad democrática de los países vecinos, la peculiar paz del franquismo dispensó a los españoles de a pie un inconmensurable y prolongado sufrimiento material. Durante décadas, en lugar de obrar en pos del bien común, la gestión económico-social de las instituciones franquistas fue ineficaz en el mejor de los casos, y a menudo tan represiva como indolente. Como resultado, la vida cotidiana fue mísera y los valores sociales y colectivos se hundieron en el pesimismo. El deterioro moral de la sociedad tuvo como víctima preferente a los valores cívicos. Los españoles se volvieron más individualistas y cínicos, buscando el consuelo y el apoyo en la única institución en la que podían confiar, la familia; y en vez de buscar justicia se refugiaron en «el favor». Ambos les permitieron, si no evadir por completo, sí al menos de forma temporal, algunas de las muchas penurias que les acosaban cotidianamente. Pero era un sistema desigual y, por supuesto, lleno de trampas. Obtener un empleo, resolver un trámite administrativo depen-

día de «conocer» a la persona encuadrada en el régimen más que de la gravedad del problema o la justicia de la causa. Recibir «el favor» podía fácilmente implicar despojar de sus derechos a alguna persona más necesitada, o más capaz. Era un mecanismo moralmente corrupto que creó redes clientelares, en las que el súbdito de Franco necesitaba congraciarse con los sostenedores de la dictadura para resolver sus cuitas diarias. Esta cultura, desgraciadamente, se reprodujo una vez que España adoptó el sistema democrático. Así se conformó una sociedad que aceptó a regañadientes, pero que se adaptó y manipuló, la precariedad mientras los países de la Europa occidental se resarcían y se repartían los beneficios del *boom* económico. El siguiente es un ejemplo, entre muchos, de lo que decimos. Por ejemplo, en 1930, la renta disponible por habitante en España era un 13% más baja que la de Italia; en 1950, cuando todavía el «milagro económico italiano» no había arrancado, la diferencia ya era de un 40%. En aquel mismo año, España era el único país occidental que aún no había alcanzado los índices principales de producción de 1929<sup>4</sup>. Por eso, a diferencia de los europeos occidentales, los españoles de los años cincuenta no pudieron decir «que nunca habían estado mejor». El Caudillo sí que lo decía.

Si mi familia hubiera oído a finales de la década de 1950 «el parte», como entonces se llamaba a los noticiarios de la radio, seguramente tampoco habría sabido de los dilemas a los que se enfrentaba el régimen. La censura oficial se encargaba de que el ciudadano medio viviera sin conocer la gravedad del tono de los informes internos, que señalaban la necesidad urgente de cambios drásticos en el modelo económico a medida que la inflación se disparaba y las reservas de divisas desaparecían<sup>5</sup>. La gente de a pie sabía que los salarios iban

<sup>4</sup> Jordi Catalán, *La economía española y la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona: Ariel, 1995, p. 24.

<sup>5</sup> Las autoridades eran plenamente conscientes de las rigideces de la economía y de cómo la inflación anulaba y aún sobrepasaba los incrementos de salarios. Por ejemplo, las autoridades sindicales de Zaragoza denunciaron que los niveles de vida de los trabajadores debían de «subir de verdad» y no en los discursos o en las estadísticas. En este mismo informe se hacía saber que en 1955 y mayo de 1958 el índice de precios

siempre detrás de los precios pero ignoraba que Franco, el supuesto buen hombre según muchos, se resistía con obstinación a las reformas, a pesar de las evidencias de que la mala gestión económica estaba llevando el país a la ruina. La gente tampoco sabía que los líderes de la Falange soñaban no en acabar con la pesadilla autárquica sino con un viraje hacia valores y políticas fascistas aún más extremos. Esto es, que los falangistas pedían más de lo mismo, pero con ellos al frente<sup>6</sup>. Por último, ignoraban los españoles que los tecnócratas del régimen, algunos de ellos miembros del Opus Dei —entonces el componente más modernizador del Gobierno franquista— buscaban adaptar la economía al capitalismo occidental ortodoxo<sup>7</sup>.

El Opus Dei era (y continúa siendo) una organización católica ultra-conservadora que se fortaleció tanto gracias a sus contactos con políticos franquistas —empezando por la mano derecha de Franco, Luis Carrero Blanco— como por su reconocido celo en reclutar y educar a jóvenes con talento. Pese a lo muy reaccionario de su ideario político, los expertos del Opus introdujeron conceptos técnicos de economía que, con el tiempo, calaron entre algunos sectores de las élites franquistas. En 1957 Franco les dio cabida en su Gobierno a costa de la vieja guardia falangista. Allí impulsaron un programa de liberalización económica orientado a crear una España más próspera, pero dejando intacta la estructura política del franquismo y, por supuesto, la represión política y social<sup>8</sup>. Este cambio de orientación guió la entrada de España en el Fondo Monetario Internacional en

creció de 100 a 138. Consejo Económico Nacional Sindical (Gabinete Técnico), *Informe sobre el problema de los precios*, 1958, AGA-P 150.

<sup>6</sup> La absurdidad de este proyecto aparece detallada por su propio protagonista en José Luis de Arrese, *Una etapa constituyente*, Barcelona: Planeta, 1982.

<sup>7</sup> Para un análisis crítico del Opus Dei consultar Joan Estruch, *Saints and Schemers: Opus Dei and its Paradoxes*, Nueva York: Oxford University Press, 1995.

<sup>8</sup> Los falangistas reaccionaron con propaganda populista, por ejemplo, denunciando las nuevas medidas y acusándolas de estar en consonancia con la banca, a la que culpaban de estar acaparando el crédito y propiciando la ruina de los «pequeños y honestos» empresarios. Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Delegación Nacional de Información e Investigación, *Nota informativa n. 1342*, 27-6-1957, AGA-P 145. Los «oligopolios», se quejaban con aparente amargura los falangistas en otro documento, consideraban que el Opus Dei «había ganado la partida». Falange Española

1958, la adopción del Plan de Estabilización de 1959, y el ingreso en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico en 1961. Después de dos décadas de dislates económicos, el franquismo finalmente abrazó el sistema capitalista moderno y comenzó a integrar al país en la economía occidental. Fue un punto de inflexión que cambiaría para mejor la vida de muchísimos españoles, pero que también impulsó al régimen, y le garantizó su supervivencia.

Debido a la longevidad del franquismo, la relación entre la gente y la dictadura fue plural, variable y compleja. Esto ha contribuido a la problemática de periodizar las diferentes etapas del régimen<sup>9</sup>. En términos políticos, existe un consenso mayoritario en diferenciar dos fases: la primera, filo-fascista, abarca desde el final de la Guerra Civil hasta la derrota del Eje al final de la Segunda Guerra Mundial en 1945. A partir de entonces, el régimen abandonó sus aspectos formales más abiertamente fascistas en favor de una apariencia cristiana y anticomunista. Además, para entonces, lo peor de la represión contra los vencidos había pasado. Esta segunda etapa se caracterizó primero por el apoyo del Vaticano y luego se consolidó con una alianza formal con Estados Unidos en 1953, que trajo ayuda financiera a cambio de la cesión de territorio español para bases militares americanas.

Mientras que la periodización política de la dictadura es relativamente sencilla, el estudio de la historia social y económica del franquismo se complica porque encierra también la transformación de un país esencialmente agrario en 1939 a otro urbano y moderno a la muerte del dictador<sup>10</sup>. En su conjunto, la mayoría de los estudiosos estiman que hubo tres etapas de desarrollo en el ámbito socioeconómico. La primera abarca hasta 1952 y estuvo marcada por una política autárquica o de subsistencia en la que la privación de productos de primera necesidad causó una hambruna generalizada, que en al-

Tradicionalista y de las JONS, Delegación Nacional de Información e Investigación, *Nota informativa n. 1341*, 27-6-1957, AGA-P 145.

<sup>9</sup> Una buena visión de conjunto en Enrique Moradiellos, *La España de Franco (1939-1975): política y sociedad*, Madrid: Síntesis, 2000.

<sup>10</sup> Para un resumen de los desarrollos sociales en España consultar Adrian Shubert, *A Social History of Spain*, Londres: Unwin Hyman, 1990.

gunos lugares llegó hasta bien entrada la segunda mitad de la década de 1940<sup>11</sup>. El régimen autárquico —importado del modelo fascista socioeconómico italiano y alemán con el que el dictador se identificaba— pretendió y consiguió mantener a España al margen de la economía global, incluso a costa de rechazar la oferta de asistencia de Estados Unidos y del Reino Unido en los años iniciales de la guerra mundial<sup>12</sup>. Durante el periodo de autarquía, el Estado franquista adoptó una actitud intervencionista: reguló el comercio y la oferta interna, trató de controlar la producción y los abastecimientos, e intentó forzar una industrialización fuertemente basada en la inversión pública directa y en la sustitución de importaciones. Como se verá más adelante, los efectos económicos y humanos de la autarquía fueron nefastos. La segunda etapa, entre 1952 y 1959, se ha llamado de transición o semi-normalidad. Se trató de una respuesta reactiva y desganada a la catastrófica situación económica. El régimen dio marcha atrás a buena parte de las absurdas medidas adoptadas durante la autarquía, pero sin desmontar el sistema, lo que llevó a que los desequilibrios macroeconómicos se agudizasen en la segunda mitad de la década. El tercer y último periodo se inauguró con el Plan de Estabilización de 1959. Tras las reformas económicas, se entró en un periodo de desarrollo que, en términos generales, marcó la vida material y cultural (en sentido amplio), pero no la política, del país hasta el ocaso de la dictadura. A este periodo se le llamó el del milagro económico español<sup>13</sup>.

Pero la realidad fue mucho más compleja. Entre otras razones porque los cambios en la vida de los españoles de a pie durante esos cuarenta años no fueron homogéneos a lo largo del país. España es un «pequeño continente» con una diversidad singular —enraizada

<sup>11</sup> Roque Moreno Fonseret ofrece un excelente estudio a nivel local en su obra *La autarquía en Alicante (1932-1952)*, Alicante: Instituto Gil-Albert, 1995.

<sup>12</sup> Catalán, *La economía*, pp. 213-231.

<sup>13</sup> Un estudio sucinto puede encontrarse en Pablo Martín Aceña y Elena Martínez Ruiz, «The Golden Age of Spanish Capitalism: Economic Growth without Political Freedom» en Nigel Townson (ed.), *Spain Transformed: The Late Franco Dictatorship, 1959-75*, Houndmills: Palgrave, 2007, pp. 30-46. Para otro más extenso ver Leandro Prados de la Escosura, *El progreso económico de España*, Madrid: Fundación BBVA, 2003.